

ANTIOQUÍA: ENCRUCIJADA DE LA FE

En el siglo I, ciudades como Jerusalén, Antioquía y Éfeso albergaron comunidades llenas de fe unidas por una Iglesia de rápido crecimiento. Aunque ellos no lo supieran, estaban dando los primeros pasos en un camino que llevaría al cristianismo alrededor del mundo. Antioquía fue una encrucijada crucial en ese viaje. Los caminos elegidos ahí, guiaron la propagación de la fe hasta nuestros días.

La ubicación de Antioquía la destinó a ser una amalgama de diferentes culturas. Las caravanas de Asia Menor, Persia, India e incluso China cruzaron por este punto natural de encuentro entre Oriente y Occidente. Aquí, la mercancía que venía de lugares distantes era enviada primero a grandes almacenes antes de ser cargada en las barcas y transportada por el río Orontes hasta los barcos que se encontraban en espera.

Las grandes potencias lucharon por controlar la ciudad por su ubicación estratégica y, aún más, por su creciente riqueza e influencia. Los griegos helenizaron a Antioquía, marcando su cultura y filosofía, y Roma extendió inevitablemente sus fronteras, convirtiendo a la ciudad en una fortaleza romana. Incluso antes de que Roma la hiciera la capital de su provincia siria en el año 64AD, Antioquía era el lugar favorito de los soldados romanos. Como parte de la cultura romana, se habían introducido un foro, el anfiteatro, el baño romano, el hipódromo, el teatro y un acueducto que transportaba agua a las fuentes, edificios públicos y villas de la ciudad. Su riqueza era deslumbrante, Antioquía era digna de ser llamada, «*Dorada*».

Desde el punto de vista religioso, la ciudad reflejaba su carácter cosmopolita. Los griegos adoraban a los dioses del Olimpo. Los soldados romanos permanecieron leales a Mitras, dios de los persas. Y, al lado de los vecinos paganos, se encontraba una inmensa colonia judía de habla griega que le rezaba al Dios de Abraham. La mayoría de ellos eran comerciantes que practicaban su fe judía en las sinagogas cercanas a las faldas del Monte Sípilo. Y, en esta área del sur de la ciudad también vivía la comunidad judía.

ANTIOQUÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Pedro fue el primer apóstol en llegar a Antioquía y predicar en una cueva, según cuenta la tradición. La Gruta de San Pedro es considerada la iglesia más antigua del cristianismo. Se encuentra en las laderas de cara a la colonia judía. Cerca de ahí se descubrió en 1910, el famoso Cáliz de Antioquía, que se pensó en un principio que había sido la copa utilizada por Cristo en la Última Cena. Sin embargo, análisis posteriores revelaron que data entre los siglos III y VI. No obstante, la complejidad del diseño del cáliz sugiere que la fe cristiana se encontraba arraigada entre los artesanos, como es el caso de ese diestro platero.

Los judíos y griegos conversos de la comunidad cristiana de Antioquía veían a Jerusalén como la Iglesia Madre. Los líderes de la Iglesia como Bernabé siguieron a Pedro para fortalecer la unidad de la fe. San Lucas que era nativo de esta ciudad, escribió «*Antioquía fue el primer lugar en el que los discípulos fueron llamados cristianos*» (Hechos 11:26). Y para cuando San Pablo visitó Antioquía desde su ciudad natal de Tarso, que está a un día de viaje, la comunidad cristiana ya estaba floreciendo.

Debido a sus diversos orígenes religiosos, los cristianos de Antioquía debatieron cuestiones difíciles sobre la observancia de la ley judía. Por ello, enviaron a Jerusalén a Bernabé y a Pablo, a pedir ayuda a los apóstoles y ancianos. El Concilio de Jerusalén (cf. Hechos 15:1-35) decidió librar a los conversos gentiles de cualquier restricción impuesta por la ley judía. A partir de ese momento, los cristianos fueron una entidad en sí mismos, sin vínculos con la comunidad judía. Como resultado, el Concilio abrió el camino a una Iglesia de carácter universal.

Pablo y Bernabé regresaron a Antioquía con una carta que confirmaba la decisión del Consejo. Durante los dos años que estuvo Pablo allí. Su fervor y celo inicial en la propagación de la Iglesia se convirtieron en un ardua tarea. Antioquía sería la Iglesia que patrocinó su misión apostólica a los gentiles.

En el año 57, Mientras los cristianos de Antioquía esperaban a Pablo, llegó hasta sus oídos que había sido arrestado y llevado a Roma para ser martirizado. No pudo terminar su tercer viaje misionero y murió también como Pedro, mártir.

Los emperadores de Roma, al intentar acabar con la nueva religión, creaban mártires en Antioquía. A finales del siglo I y ante la negativa de los cristianos de adorar a los dioses paganos, el Emperador Trajano se enfureció y arrestó a Ignacio, el tercer obispo de Antioquía, quien fue llevado a Roma para ser devorado en la arena. De camino hacia Roma, Ignacio encadenado, escribió a los fieles que se encontraban ya esparcidos desde el Cercano Oriente hasta Roma.

La esencia del mensaje de sus cartas fue la unidad en las creencias de todos los cristianos. La primera referencia en los textos cristianos al término «*Iglesia Católica*» se encuentra en su carta a la congregación en Esmirna. Insiste en la unidad con el Obispo a través de la fe y en la obediencia a su autoridad. Asevera el nacimiento virginal, y llama a la Eucaristía «*la carne de Cristo*» y la «*medicina de la inmortalidad*». Los temas que planteó serían discutidos durante siglos por los teólogos de Antioquía y por aquellos que lo sucedieron, mismos que llegaron a la discordia, contra la que él mismo advirtió.

ANTIOQUÍA EN EL IMPERIO CRISTIANO

Antioquía siguió siendo la ciudad más prominente de Medio Oriente durante toda la época romana. En 297 AD, el Emperador Diocleciano lo convirtió en la capital de Anatolia («*Oriente*»); una diócesis civil que se extendía desde Chipre hasta Mesopotamia. Después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., Antioquía se convirtió en el centro de la influencia cristiana en Oriente. Incluso el Concilio Ecuménico de Nicea I (325) colocó a Antioquía en el tercer lugar de las sedes apostólicas.

El enconado debate teológico convirtió a Antioquía en un semillero intelectual. La «*Escuela de Antioquía*» desempeñó un papel importante en el pensamiento teológico que enriqueció, pero también amenazó, el desarrollo de la joven Iglesia. Alrededor del 270, las enseñanzas de Luciano de Antioquía, a quien se le atribuye la fundación de dicha escuela de pensamiento (aunque otros escritores y sinodos le precedieron), dieron una clara dirección a la exégesis y cristología. La escuela de Antioquía ofreció una interpretación más literal de la Escritura, en oposición al enfoque alegórico de Orígenes, preferido por los alejandrinos.

Mientras los alejandrinos enfatizaban la divinidad de Cristo, los antioqueños debatían la naturaleza de su humanidad. Diodoro de Tarso persiguió su cristología dualista y motivó a sus discípulos influyentes, como a Juan Crisóstomo y Teodoro de Mopsuestia. Otro estudiante de Luciano, Arrio de Alejandría, argumentó una herejía trinitaria, el arrianismo, en la que sólo el Padre es, en su totalidad, Dios

Las disputas sobre la relación de la humanidad de Cristo y su divinidad fracturaron a la comunidad cristiana. En 431 el Concilio de Éfeso condenó a Nestorio, y expulsó a sus seguidores del Imperio. Éstos fueron acogidos por la Iglesia Asiria. En 451 el Concilio de Calcedonia condenó el monofisismo, que era la mayor división de la Iglesia. Aquellos antioqueños que rechazaron a Calcedonia desarrollaron la Iglesia Ortodoxa Siria, mientras que los antioqueños de habla mayoritariamente griega que aceptaron este Concilio fueron conocidos como Melquitas. Dos siglos más tarde, los monjes de habla siria del monasterio de San Marón formarían su propia jurisdicción: el patriarcado maronita. Esta maraña de distinciones ha perdurado hasta el presente. Tanto los católicos maronitas, como los ortodoxos, los católicos sirios, y dos patriarcas greco-bizantinos, los ortodoxos y los melquitas católicos, reclaman la herencia patriarcal de Antioquía

La Iglesia de Antioquía fue también un centro de actividad ascética, litúrgica y misionera a lo largo de este período. El monacato floreció en el desierto sirio, en las montañas de Cilicia y en el Líbano. La actividad misionera antioqueña fue la responsable de establecer los catolicados de Georgia y Persia. Hasta el día de hoy los cristianos de la costa de Malabar (sudoeste de la India) se refieren a sus comunidades como «*Iglesias sirias*». La tradición litúrgica de Antioquía — asociada a nombres como los de Juan Crisóstomo, Juan de Damasco, Romano el Meloda — sería llevada a Constantinopla, influenciando de manera dominante el culto a la usanza bizantina.

EL DECLIVE DE ANTIOQUÍA

Durante los siguientes 500 años, Antioquía fue perdiendo lentamente su lugar protagonista. Las disputas cristológicas de las Iglesias dividieron a la comunidad a lo largo de sus dos grandes líneas étnicas: la griega y la siria. La Iglesia griega de Antioquía recurría cada

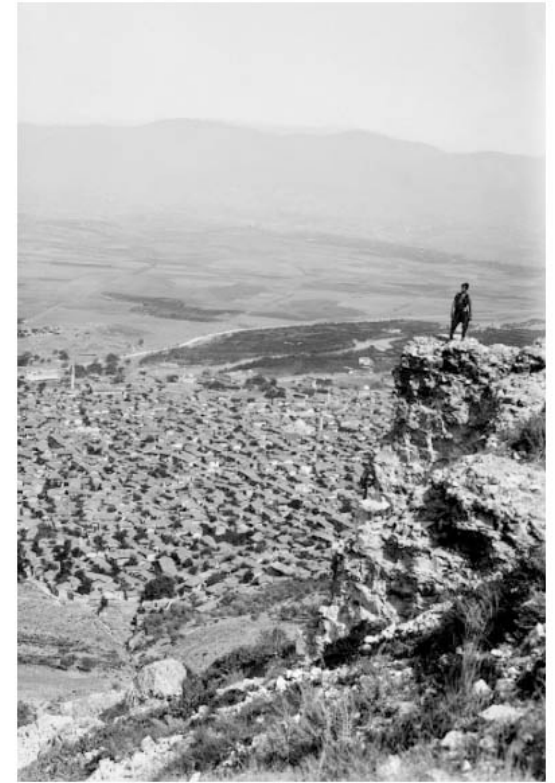
vez más a Constantinopla en busca de apoyo y dirección. Como resultado, el patriarcado griego de Antioquía tendía a depender cada vez más de la Iglesia de Constantinopla.

En el siglo V la ciudad sufrió un incendio devastador aunado a varios terremotos. Pero fue la violenta conquista de los árabes musulmanes en el siglo VII la que anunció su declive y colapso, perdiendo así toda relevancia. Los siguientes seiscientos años se caracterizaron por las constantes conquistas y reconquistas de los bizantinos (989) los turcos seldjuk (1071), los cruzados (1098) y baibars (1268).

La invasión más devastadora de todas, para la Iglesia griega de Antioquía, fue la de las Cruzadas. Cuando los cruzados estaban en el poder, trataron de imponer en la Iglesia un patriarca latino y obispo. Como resultado, los jerarcas griegos pasaron la mayor parte de los siglos XII y XIII errantes entre Cilicia, Constantinopla y Asia Menor, mientras su sede sufría oleada tras oleada de conflictos y saqueo. Por fin, en 1366 el Patriarca griego trasladó la sede a Damasco, conservando el nombre de Antioquía únicamente como recuerdo de su antigua prominencia.

Lo que en su momento fue la gloria de la joven Iglesia, hoy es la moderna ciudad de Antakya, al sur de Turquía, misma que fue aislada del resto de Siria después de la Primera Guerra Mundial como parte de la gran migración de pueblos, orquestada por las potencias occidentales. Donde una vez se encontraban las amplias viviendas, hoy los modernos apartamentos salpican las laderas. Pero el legado de Antioquía no puede ser definido por muros arruinados pues, como el árbol de la mostaza, sus profundas raíces y ramas de gran alcance pertenecen a una sola Iglesia dondequiera que se haya extendido. Sus herederos son aquellos cristianos que siglo tras siglo continuaron viviendo la verdad contenida en esa diminuta semilla de mostaza plantada allí por los apóstoles de Cristo.

ANTIOQUÍA: ENCRUCIJADA DE LA FÉ



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Adaptado de un artículo de la hermana Jean David Finley, publicado originalmente en *Catholic Near East Magazine*, (Fall, 1985). Reimpreso con permiso.

Foto cortesía de <http://LifeintheHolyLand.com/>